

**CAPÍTULO VI**  
**CONSIDERACIONES FINALES:**  
**¿CÓMO HABLAR DE NUESTRA EXPERIENCIA POLÍTICA?**

El interés de este último capítulo es recoger las principales conclusiones de la investigación realizada y articularlas de cara al objetivo del proyecto: contribuir a la reconceptualización de la política y la confrontación armada en el país, desde el estudio de las emociones a las que apelan los actores armados en los procesos de negociación de paz.

## REFORMULACIÓN DEL PROBLEMA Y CONSTRUCCIÓN DE CATEGORÍAS

Uno de los más importantes frutos de la investigación tiene que ver, precisamente, con la reformulación conceptual del problema, la reconstrucción de las categorías y el montaje de un diseño metodológico que facilite el trabajo sistemático sobre el tema. En efecto, la inquietud inicial del proyecto —las emociones en el discurso político de los actores armados— se tradujo en una formulación conceptual sobre las propiedades de los discursos emocionales y sus relaciones con el mundo político. Tal fórmula implicó la construcción de un conjunto de categorías y precauciones de método, que nos permitieran “sacar” las emociones del “mundo psíquico” y de las referencias sustantivistas —emoción como nombre: dolor, miedo, rabia— e insertarlas en una perspectiva que subraya sus transformaciones históricas, sus diferentes grados de elaboración social y discursiva y su funcionamiento como proceso<sup>1</sup>.

---

1 Cabe enfatizar aquí que como “emociones” suelen clasificarse fenómenos de muy distinto tipo y que suponen un grado muy distinto de “elaboración” y codificación social. De nuevo, sirve el contraste entre temor y esperanza o entre miedo e indignación. Los dos primeros procesos se sustentan en una disposición biológica y son encauzados por el mundo político, los dos segundos sólo son posibles en determinados ordenamientos políticos. Sin embargo, ambos son clasificados como procesos emocionales.

La investigación convirtió las emociones, conceptual y metodológicamente, en procesos de interacción específicos que se detectan y se configuran en las producciones discursivas, y gracias al análisis de algunos de sus rasgos concretos: antecedentes cognitivos, objetos intencionales y tendencias de acción<sup>2</sup>. Además de los rasgos de las emociones, el proyecto identificó una serie de elementos conceptuales que, como los recursos retóricos o las referencias a la historia, posibilitaron la tipificación de ciertas producciones discursivas como discursos emocionales. La caracterización de los discursos emocionales de los actores armados recoge todo ese recorrido conceptual y se apoya en la identificación puntual de contenidos, recursos retóricos y efectos evocadores de los textos.

Además, la revisión de la literatura teórica y de investigaciones con problemas similares nos permitió especificar qué relaciones hay entre procesos emocionales y ordenamiento político y, por esa vía, situar nuestra indagación en un mapa más amplio que recuerda algunas exigencias emocionales de la democracia. Ahora bien, la cantidad de trabajo requerida para traducir el interés por las emociones en preguntas específicas para los textos, y el volumen de información disponible, hizo que la investigación se concentrará en dos temas: autocaracterización de los actores y relaciones con el mundo político “formal”. En ambos casos, el esfuerzo se dirigió hacia la identificación de los discursos emocionales, a fin de utilizarlos para alimentar la discusión sobre la naturaleza de las organizaciones armadas y sus relaciones con la política.

## AUTOCARACTERIZACIÓN DE LOS ACTORES Y DEFINICIÓN DE LA POLÍTICA

Un conjunto importante de los resultados de la investigación tiene que ver con la identificación y el análisis de los principales discursos emocionales que cada uno de los actores armados construye sobre sí mismo y sobre el mundo político. La investigación mostró que las Farc se presentan a sí mismas como un poderoso y abarcador “nosotros” que lucha por conquistar su existencia social, esto es, el reconocimiento y la inclusión como colectivo y, más puntualmente, como actor político en el orden

---

2 Tres precisiones que hicimos en la introducción pero que valen también aquí. Primero, el discurso no es la vía de acceso a todas las emociones pero sí a aquellas más “codificadas” o intervenidas políticamente. Segundo, tal diferenciación sobre el grado de elaboración emocional sustenta nuestra concentración investigativa en los tres rasgos mencionados. Tercero, el lenguaje no es sólo una vía de acceso a las emociones, es sobre todo un terreno y un recurso para su constitución. Se aprende a discernir sobre lo que se siente a partir de la denominación social disponible.

nacional. La organización opera como la patria social de un amplio grupo de campesinos que no tienen cómo trascender sus existencias individuales, si no es por la vía de la organización armada. La investigación muestra que la lucha por la existencia social y el reconocimiento implica asignar un lugar marginal al “yo”, subrayar lógicas de reciprocidad, acreditación en la acción, y poner en marcha distintos usos de la historia. En cada uno de esos puntos se superpone el repertorio emotivo de los sectores campesinos con elementos técnicos del repertorio revolucionario. Cabe aclarar que la investigación no esencializa ni contrapone dicotómicamente tales repertorios, sino que agrupa y resalta los rasgos que los constituyen y las ambigüedades que los atan.

Ambos repertorios emotivos conviven y dan vida a un ordenamiento moral de la sociedad en el que se condena la exclusión de los campesinos, se considera que la violencia es un recurso para la defensa y para hacerse respetar, se anhelan buenos tratos de los sectores dominantes de la sociedad, se hace un esfuerzo por hermanarse con otros sectores humildes del país y se reproducen importantes homologías entre el lenguaje de la política y el de la economía: negociar y defenderse en la economía, negociar la paz y defender la vida.

Los discursos emocionales de las Auc sobre sí mismas son mucho más abigarrados y llenos de matices. El estudio encuentra que las Auc operan como aparato armado de agrupaciones sociales que ya tienen una existencia social previa, que vivían en condiciones de normalidad social y que se orientan a defender y restaurar un ordenamiento social anterior. La investigación llama la atención sobre la fuerza emocional que tienen las fantasías glorificadoras, las pertenencias regionales, las trayectorias personales y las relaciones de paternalismo autoritario de las Auc con la comunidad. De ahí que insista en que tal organización se ve como un grupo heroico interesado en la restauración. Farc y Auc retoman y combinan elementos emocionales de repertorios distintos. Si en las Farc se mezclan el repertorio campesino y el revolucionario, en las Auc coexiste un repertorio de grupo social establecido y “prestante” que los convierte en héroes, un repertorio técnico-profesional que subraya la intervención racional en la sociedad —pero sin los intereses del revolucionario—, y que, por esa vía, los convierte en gestores y benefactores. Y, finalmente, un repertorio “tradicional” que introduce las pertenencias regionales y las idiosincrasias en el mundo político y que los convierte, algunas veces, en “víctimas”, y otras, en “líderes naturales”.

Ahora bien, el contraste entre las Farc como una organización orientada a la conquista de su existencia social y las Auc como una formación elitista orientada a la defensa queda matizado con el esfuerzo de ambas por incidir en el mundo de la política, aun cuando desde lugares diferentes. En efecto, aunque las Farc no suelen

referirse a sí mismas como héroes, sí adolecen de cierta concepción “elitista” de sí mismas, pues gracias a lo que saben, a su formación ideológica o a su trayectoria organizativa, pueden dirigir a las masas a la revolución, o interpretar para ellas la crisis nacional (Mancilla, 1990: 126). En ese sentido, las Farc son también un cuerpo de élite, pero esta vez, por el activismo y el voluntarismo que se desprenden de la ideología revolucionaria que las “orienta”.

De otro lado están las Auc. Ellas operan como formación elitista, no por la adopción de una ideología, sino por la antigüedad de sus lazos sociales y por su carácter de “buena sociedad regional”. Sin embargo, también están orientadas a la conquista del reconocimiento como actor político: no porque hayan sido excluidas sistemáticamente como las Farc, sino porque en este momento no es políticamente “correcto” hablar de derechos naturales, o tomar las armas para defenderse de quienes ascienden políticamente.

Y es que la representación predominante de la política, que discutiremos explícitamente en otra sección, y que la supone pacífica y racional por naturaleza, condena a las dos organizaciones armadas a disputar su existencia social como actor político: las Farc tienen que conquistar el derecho a ser incluidas políticamente, el derecho a existir como colectivo; las Auc tienen que conquistar la aceptación social de su derecho a restaurar el orden político perdido. Ambas tienen que disputar a la sociedad —y diríamos, también, a los analistas— el derecho a ser una experiencia política, el derecho a llevar la política más allá de las relaciones de legalidad y supuesta racionalidad.

## RECLAMOS AL ESTADO, CONDENA A LOS POLÍTICOS Y ANHELOS DE RESTAURACIÓN

Una historia similar de contrastes y coincidencias emotivas entre las organizaciones armadas tiene lugar en su relación con el estado y el mundo político formal.

Los discursos emocionales de las Farc insisten en que ellas han sido objeto de una expulsión y una persecución sistemática del estado y el régimen político. La organización condena la corrupción y a la casta politiquera, al tiempo que anhela una verdadera vigencia de la ley. De nuevo, el repertorio emocional del campesino que quiere protección del estado y el repertorio emocional del revolucionario que sospecha del carácter ideológico y burgués de la ley y condena el terrorismo estatal se dan cita para sostener un discurso emocional melodramático y complotista.

Por su parte, las Auc se debaten entre relacionarse de igual a igual con el estado —gracias a la existencia de un “canon moral” que las hace verse como clase superior—, condenarlo por la desprotección ante el yugo subversivo y, finalmente, exponerse como los héroes y los verdaderos líderes políticos de las regiones. Los discursos emocionales de esa organización exponen una crítica intensa a los políticos porque no conocen las realidades regionales, y al ordenamiento democrático porque no acepta su derecho “natural” a la defensa y la restauración. Ambas organizaciones, las Farc y las Auc, anhelan una relación de reciprocidad con el estado, pero cada una la fundamenta en elementos que pertenecen a repertorios emotivos y ordenamientos morales distintos.

Las Farc quieren relacionarse de igual a igual con el estado, gracias a que son una organización revolucionaria, y a sus conquistas en el campo de la guerra. Se trata de un código burgués que reconoce el mérito y la ideología como soportes de la acción política<sup>3</sup>. Las Auc, por su parte, quieren un “empalme” con el estado y restaurar la relación directa que ya tenían, gracias a su condición de sectores prestantes de las sociedades regionales. El repertorio emotivo, en este caso, pone en tela de juicio los criterios racionalistas e ideológicos y apela a la legitimidad de lo que existe o ha existido.

Tanto las Farc como las Auc se quejan amargamente de los hábitos de los políticos, los acusan de indignos y añoran la restauración de un orden político perdido en el que las funciones de dirección política no estaban contaminadas por el dinero y eran ejercidas por “los respetables”. Ambas organizaciones revelan aquí un repertorio emotivo conservador y antidemocrático, pues leen como desorden y perturbación que nuevas clases políticas o el dinero se inmiscuyan en la política (Mancilla, 1990; Elster, 2002).

Tenemos, entonces, que en el conflicto armado colombiano se enfrentan, de manera soterrada —pues el lenguaje de lo políticamente correcto no los deja aparecer de una forma menos condicionada<sup>4</sup>—, distintos repertorios emotivos que no coinciden con los supuestos de la “moral pública” democrática.

---

3 Un interesante análisis sobre los elementos que la lógica revolucionaria izquierdista adopta del canon moral burgués puede leerse en Oakeshott (2000) y en Escalante (1992).

4 “Menos condicionada” o “más libre”. Lo formulamos así para no dar a entender que habría condiciones de enunciación libres de coacción alguna. Las declaraciones más libres, desparpajadas y “emocionales” que detectamos en uno y otro actor son también declaraciones intervenidas, condicionadas. Como tal, ellas también exponen formas de interacción que han sido modeladas, pues nunca hay un grado cero o total de libertad.

Explico mejor esto. Ambos actores armados se ven condenados a hablar de política en unos términos que no se compadecen con su experiencia. Ambos hablan de esperanza, institucionalización, derechos, consenso y democracia en unos cortos apartes de los documentos, porque, al parecer, saben que eso esperan los auditores. Sin embargo, los recursos retóricos, los contenidos y la organización narrativa de los textos muestran que ellos no tienen cómo respaldar tales aseveraciones ni con la historia de la organización, ni con elaboraciones propias. Esto ocurre en claro contraste con esas otras cosas de las que están llenos los pronunciamientos y que, desde la perspectiva analítica de la investigación, pero no desde la perspectiva dominante, constituyen experiencias de la política: relatos personales, referencias a lo que se siente, pruebas de legitimidad que se desprenden de lo que pasó o, sencillamente, de la forma en que son las cosas, no de la forma en que deberían ser. Ambos actores armados están condenados a que su experiencia no sea reconocida como política por la sociedad y por los analistas. Ambos tienen que hablar el lenguaje político formal y racional de la sociedad pacificada que condena los discursos emocionales por irracionales, femeninos o simplemente incorrectos. Ambos son acorralados por unos hábitos de pensamiento sobre la política que les impiden interactuar con su sociedad y que, peor aún, les hacen incomprensible su propia experiencia en unos términos que no sean los de la política dominante.

El lenguaje y el repertorio emocional de la política formal —derechos, ciudadanía, democracia, etcétera— se convierten con toda claridad en una herramienta de la dominación política, en uno de los principales recursos para que los actores armados se vean y se narren a sí mismos con unos ojos y unos términos que juzgan todo lo suyo y les impiden vivirlo como algo propio<sup>5</sup>.

## UNA DISCUSIÓN DE LOS HÁBITOS DE PENSAMIENTO SOBRE LA POLÍTICA

El interés en realizar una investigación sobre las emociones de las que hablan los actores armados en sus distintas intervenciones públicas nació de la constatación de que las categorías predominantes en el análisis político las dejan por fuera —a las emociones— o las convierten en la expresión de una anomalía, en la prueba de

---

5 En un reciente artículo trabajé la tendencia de nuestras categorías a convertimos en lo que no somos, y mostré que en el análisis de la violencia política, cobra una inusitada urgencia el llamado de Aníbal Quijano a que “dejemos de ser lo que no somos” (Bolívar, 2004).

una fracasada modernidad política o en la constatación de que esas organizaciones no tienen un proyecto político y perdieron “sus ideales” (Bolívar, 2004).

Con mucha frecuencia, tanto el sentido común de los pobladores como el de los investigadores sociales se refiere a la vida política de la sociedad colombiana en términos de disfunción, carencia, anomalía o, simplemente, en términos de la incapacidad de ciertos sectores sociales para resolver “civilizadamente” los conflictos. Sin negar el momento de verdad que pueden tener estos enunciados, la investigación comprobó que ellos heredan una lectura teleológica, homogeneizante y ahistórica de la política que imposibilita la comprensión de los vínculos entre política y confrontación armada y la forma en que esta última se actualiza y se reproduce como un conflicto emocional y como un enfrentamiento entre distintos cánones morales.

La articulación conceptual diseñada en el proyecto en torno al vínculo entre emociones y orden político, así como la identificación y descripción de los repertorios emotivos de los dos actores armados, me permitieron discutir esos hábitos de pensamiento sobre la política. La investigación sobre los discursos emocionales nos proporciona una vía para la discusión de la visión teleológica de la política, porque ella supone que los hábitos políticos deben orientarse naturalmente hacia la racionalidad y hacia la preponderancia de una forma específica de lo colectivo —lo estatal-nacional— y porque afirma que, cuando no sucede de esta manera —cuando “sobreviven” prácticas comunitarias o formas violentas de resolución de conflictos—, es por la incapacidad de algún actor o por condiciones de anormalidad. Esta visión se concreta en la denuncia recurrente de que los actores armados no han “evolucionado”, que son o serían incapaces de “trascender” sus intereses personales o de grupo, y que están presos en una lógica política “tradicional”. Contra esto, el estudio muestra que los actores armados combinan distintos repertorios emotivos, que tienden a anhelar y a hablar de un mundo político formal, lleno de conceptos de expectativa (Koselleck, 2004), pero que deben enfrentar una situación que consideran adversa y que leen desde las explicaciones revolucionarias, las visiones complotistas o las interpretaciones restauradoras del orden.

El modelo teleológico que supone que las vinculaciones políticas afectivas son reemplazadas por un vínculo racional se pone en duda al mostrar que la racionalidad implica, por sí misma, una disposición emocional determinada y que en la experiencia de los actores se superponen distintos repertorios. Algo parecido sucede con la mirada homogeneizante de la política que presume que los valores, las creencias y las pautas emotivas afines con la democracia se expanden o deben expandirse por todo el cuerpo social y que, en esa medida, todos los integrantes de una sociedad deben compartir una misma “moral pública” (Escalante, 1992).

La investigación muestra que pretender tal homogeneidad oculta el hecho de que, en toda sociedad, la vida implica una constante y conflictiva adecuación de los órdenes morales, de las pautas de comportamiento, de las formas de organización y clasificación de las relaciones sociales. Decimos adecuación, pues lo que encontramos en los discursos emocionales de los actores armados es un constante flujo y reordenamiento de las prácticas sociales que no tienen por qué corresponderse con ideales racionales o normativos, aun cuando se utilizan como referencia. El inconveniente analítico planteado por la lectura homogeneizante de la política es que ignora que en la sociedad siempre hay un orden, no como ideal sino como hecho, y que ese orden está lleno de ambigüedades y arreglos entre esquemas morales y repertorios emotivos distintos y, a veces, contradictorios (Escalante, 1992; Elias, 1999). Desconocer eso es lo que hace tan difícil comprender por qué algunos actores reaccionan con las armas, qué sostiene sus fantasías glorificadoras y cuál es el repertorio emotivo y el mundo político que dan legitimidad a las lógicas de reciprocidad y acreditación en la acción por encima del diálogo racional y la construcción de consensos. De hecho, uno de los principales puntos de la investigación es subrayar que, bajo el lenguaje político formal, que consagra la democracia y el estado de derecho, se da por supuesto y por deseable un repertorio emotivo que no tiene nada de natural y que genera múltiples conflictos con otros repertorios. Donde la teoría política y la sociología nos han enseñado a buscar los ideales y los “proyectos políticos” de los actores armados, la antropología de las emociones nos ayuda a encontrar distintos ordenamientos morales, distintos repertorios emotivos, diversas formas de clasificación y valoración de las prácticas. De nuevo, el contraste entre un repertorio emotivo centrado en los derechos y deberes y otros centrados en la lógica de la reciprocidad y la acreditación en la acción, incluso armada, resulta revelador.

La descripción de los discursos emocionales de los actores armados nos provee también de un prolífico campo para el debate de la perspectiva ahistórica y racionalista de la política que la imagina pacífica por naturaleza y que, como actividad social, se desprende de “rasgos” naturales del hombre: su racionalidad, su capacidad de argumentar, su experiencia como “yo”. Desde esta comprensión de la política no hay forma de entender “soluciones políticas” distintas a la conversación y a la negociación, soluciones que tienen o han tenido aceptación en distintas épocas o entre diferentes sectores sociales y que pueden involucrar, sin ningún conflicto político o moral, la acción armada (Elias, 1996). Al respecto, la investigación reveló la fuerza emocional de invocar el derecho a la defensa y las distintas condenas morales que los actores armados hacen del estado y otros actores políticos.

Se tiene, entonces, que uno de los principales resultados de la investigación es la discusión del modelo predominante en el análisis político de la confrontación

armada a partir del estudio de un problema concreto: los discursos emocionales de los actores armados en los procesos de negociación de la paz.

Desde la investigación inductiva, desde la descripción y el análisis de los repertorios emocionales de los actores armados y de sus formas de ordenar y evaluar sus experiencias, la antropología colombiana podrá ampliar los marcos de comprensión de la vida política nacional que predominan en distintas disciplinas y en el sentido común de los pobladores. De aquí se desprenden una amplia agenda de investigación y un conjunto de implicaciones conceptuales y metodológicas para el estudio del conflicto armado colombiano.

## UNA AMBICIOSA AGENDA DE INVESTIGACIÓN

Un resultado del estudio es la construcción de una agenda concreta de investigación sobre la confrontación armada colombiana que tiene su rasgo distintivo en la preocupación por el vínculo entre discursos emocionales y orden político. El carácter novedoso de la pregunta y el hecho de que ella articula campos académicos que usualmente no se tocan, o que no son muy frecuentados por los académicos colombianos —autocaracterizaciones de los actores, desarrollo de la violencia política, discusión de los supuestos de la teoría social y antropología de las emociones—, hicieron que el estudio se concentrara en la articulación conceptual de los vínculos entre emoción y orden político, en la elaboración de categorías y preguntas concretas para la investigación y en la descripción de los repertorios emotivos de los actores armados y de algunas de sus implicaciones.

A lo largo de la investigación fue emergiendo una serie de problemas conceptuales, metodológicos e históricos que dan vida a una agenda de investigación, e incluso, a un proyecto intelectual como tal. El análisis de los discursos emocionales que se expone aquí debe ser complementado con un trabajo sistemático sobre las metáforas que los actores armados usan en sus producciones verbales; con un análisis de la trayectoria emotiva y política de conceptos tales como “oligarquía”, “corrupción”, “régimen político”, “derecho a la defensa”; con una contextualización histórica de los eventos y personajes que ellos nombran en sus textos, con un estudio sobre los discursos emocionales frente a otros objetos intencionales —guerra y sociedad, por ejemplo—, con un análisis de los discursos emocionales del gobierno y con un permanente contrapunteo entre declaraciones de los actores y evolución concreta de las negociaciones, entre otros puntos.

El desarrollo de esta investigación alienta la realización de estudios históricos sobre la vida emocional de los actores armados en otros períodos, de cara a otros

problemas, o entre sectores distintos a la dirigencia. Es necesario saber cómo se ha transformado el repertorio emocional de las Farc y las Auc a lo largo de los distintos procesos de negociación y enfrentamiento con los gobiernos, qué circunstancias políticas e históricas concretas han determinado esa transformación emocional, qué repertorios emocionales encuentran o crean los actores armados entre los grupos poblacionales con los que se relacionan en las regiones, entre otros temas.

Esta investigación es, en alguna medida, un nuevo comienzo<sup>6</sup> de lo que esperamos sea un estudio sistemático y explícito sobre la historia emocional de la confrontación armada colombiana y de sus actores, estudio que se sitúa en el terreno abonado por quienes han investigado las formas en que se traduce la dominación política y se recrea como repertorio emotivo, como forma de sentir, juzgar y experimentar la vida social.

---

6 Digo “nuevo comienzo” porque, como mostré en la introducción, la inquietud sobre el vínculo entre emociones y política ha sido trabajada indirectamente por varios autores y porque, como dice Norbert Elias, “todos somos continuadores”.